

UNA REEDICIÓN NECESARIA: LOS *ORÍGENES DE LA NOVELA*, DE MENÉNDEZ PELAYO

JOSÉ MANUEL VIDAL ORTUÑO

Están reeditándose las *Obras completas* de don Marcelino Menéndez Pelayo, un ambicioso proyecto al que no han dudado en sumarse distintas administraciones e instituciones: la Universidad de Cantabria y la Real Sociedad Menéndez Pelayo, más la colaboración del Gobierno Cántabro y el Ayuntamiento de Santander. El tomo II es el de los *Orígenes de la novela*, editado bajo la supervisión de Ana Luisa Baquero Escudero, catedrática de Literatura Española de la Universidad de Murcia¹. La importante obra del que fuera uno de los hombres más sabios de su tiempo ocupa dos ingentes volúmenes, el primero de los cuales viene precedido por cinco estudios preliminares a cargo de importantes especialistas, a los que a continuación me voy a referir.

Ana Luisa Baquero explica, en el primero de ellos, cómo los *Orígenes de la novela* fue una obra de madurez de su autor, puesto que la publicó, en volúmenes, entre 1905 y 1910. Menéndez Pelayo se había ocupado antes de la lírica y el teatro, además de haber firmado numerosos prólogos en la Biblioteca de Autores Españoles. Nos recuerda la profesora Baquero Escudero que, en esta ocasión, don Marcelino se aproximó a un género literario nuevo para él, la novela, que carecía por entonces de una tradición teórica, adentrándose de esta manera en un terreno «casi completamente sin desbrozar». Con todo, su idea de escribir una historia de la literatura española no era ni mucho menos nueva y ya se encontraba en el *Programa* y en la *Defensa* de sus oposiciones a cátedra del año 1878. Así pues, tomando a Miguel de Cervantes como punto de llegada, el sabio montañés hizo de su trabajo «una auténtica historia de la novela precervantina», con todas sus salvedades a nuestros ojos actuales: obras que hoy caen fuera del género novela, como los diálogos satíricos, e incluyendo una serie de géneros que él englobó bajo la etiqueta de «lo novelístico», esto es, cuento, apólogo, novela corta, mito... Y en esas contradicciones y vaivenes que ocasionaba –y ocasiona– una obra tan inclasificable como es la *Celestina*, halló don Marcelino,

¹ Marcelino Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, Ana Luisa Baquero Escudero (coord.), *Obras completas*, tomo II (2 vols.), Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo / Editorial de la Universidad de Cantabria, 2017.

no obstante, una característica esencial de la literatura española, que habría de tener gran fortuna: el realismo. Paciente y minucioso, consideraba que la verdadera crítica literaria consistía en analizar, describir, clasificar y juzgar; así, con estos mimbres, fue don Marcelino trenzando durante años sus *Orígenes de la novela*. Pese a los vaivenes de la crítica, la profesora Baquero le atribuye a Menéndez Pelayo, entre otros logros, el asentamiento del canon de la novela española y la acuñación de marbetes que desde entonces hemos venido utilizando (novela sentimental, novela bizantina...) Le atribuye asimismo la valoración de *El caballero Cifar*, «obra que, prácticamente, había sido desatendida por sus predecesores», y el anticiparse a las modernas teorías de la recepción al tomar en consideración el *Tirant lo Blanch*, porque «su realismo, primitivo para un libro de caballerías, haría poco grata su lectura a los seguidores del género». Por último, señala, como indudable sesgo innovador, el que don Marcelino rastrease «la presencia de textos narrativos en otros no narrativos», descubriendo de hecho «interconexiones en la práctica literaria». Ante tamaño esfuerzo, no es de extrañar que Ana Luisa Baquero califique al polígrafo cántabro como «un guía excelentemente cualificado y uno de los críticos de más profundo y fino instinto que ha habido en España».

Joaquín Álvarez Barrientos –gran especialista en el siglo XVIII– estudia la definición de novela en el pensamiento anterior a Menéndez Pelayo. Aun considerando los *Orígenes* una obra fundacional, aclara que el santanderino no partía de cero. Antes, en Francia, el padre Pierre Huet ya había escrito el *Traité de l'origine des romans* (1670). Sin embargo, la importancia que en el país vecino se le empezaba a dar a la novela, se le negaba en el nuestro. Así, Feijoo y Mayans rechazaron la novela, porque esta entretenía pero apenas enseñaba. Solo el padre José Francisco de Isla, continuador de la estela cervantina, señala en su *Fray Gerundio* que la suya es una novela, aunque «novela útil». Por su parte, José Marchena, en 1820, acuña el concepto «escritor novelista»; mientras que José Mamerto Gómez Hermosilla nos da una primera definición de novela en su *Arte de hablar en prosa y verso*, de 1826: «se presentarán [nos dice] personajes de la clase media de la sociedad en situaciones extraordinarias e interesantes».

Tras la Guerra de la Independencia y con la posterior aparición del Romanticismo, se observan dos direcciones en la literatura española: una novela histórica, a lo Walter Scott, que permitiera conocer y apreciar el pasado nacional, y otro tipo novela que reflejara las costumbres contemporáneas. En los primeros manuales de literatura española –como en el de Antonio Gil de Zárate, de 1844– ya se habla de la novela. Y en la segunda mitad del siglo, con el triunfo del Realismo, escritores como Galdós, Clarín, Valera y Pardo Bazán teorizan con mayor o menor extensión sobre este género por entonces tan en boga.

Como bien sabemos, Galdós pronunció en 1897 su discurso de ingreso en la Real Academia, cuyo título es casi un programa: *La realidad presente como materia novelable*. Le respondió Menéndez Pelayo, quien demostró ser un gran conocedor de la novela que se había escrito en España treinta años atrás. No debemos olvidar que, siendo un joven doctorando, Menéndez Pelayo eligió como tema de su tesis de doctorado, allá por 1875, *La novela entre los latinos*. Con ese bagaje que le precedía, don Marcelino se dispuso a escribir su obra.

Leonardo Romero Tobar, de la Universidad de Zaragoza, es el autor del tercer estudio, el cual trata de la influencia de los *Orígenes* en la crítica literaria posterior. A través de las primeras reseñas, todas favorables, percibimos la admiración con que sus contemporáneos recibieron la magna obra de don Marcelino. Romero Tobar nos recuerda que Adolfo Bonilla y San Martín, su discípulo, celebra las páginas del maestro como «modelos de buen hacer y de profunda crítica». Ramón Menéndez Pidal alaba «el agrado y la soltura magistral con que Menéndez Pelayo maneja el asunto». Y Andrés González Blanco –autor de la *Historia de la novela española desde el Romanticismo a nuestro días*– pondera el «laudable ejemplo para los *penníferos*». Hubo, además, reseñas en revistas de filología extranjeras, bien constatadas todas ellas por el profesor Romero Tobar.

La influencia de don Marcelino pronto se dejará ver en los estudiosos de la literatura. Eduardo Gómez de Baquero (*Andrenio*), autor de *El renacimiento de la novela española del siglo XX* (1928), destacará en un artículo del año 29 «la coherencia y el plan de trabajo» del investigador cántabro. Los *Orígenes* sirvió, incluso, para los hispanistas. Por ejemplo, la estadounidense Caroline B. Bourland, a la hora de estudiar la novela corta del siglo XVII, elude hablar de los precedentes, porque eso ya lo había tratado Menéndez Pelayo *with his accustomed mastery*. Y mientras tanto, en España, Dámaso Alonso, en los años 30, se permite hablar del *Tirant lo Blanch*, novela destacada en los *Orígenes*, viendo a su autor, Joanot Martorell, «muy próximo, contemporáneo, un contemporáneo».

1956 fue el centenario del nacimiento del sabio montañés y Mariano Baquero Goyanes publicó *La novela vista por Menéndez Pelayo*. El que fuera ilustre catedrático de la Universidad de Murcia destacaba entonces la «concepción amplia que Menéndez Pelayo tenía del género»; una amplitud que abarcaba todas las épocas, todas las lenguas peninsulares y un denominador común en lo narrativo, que comprende cuento, novela corta y novela extensa, amén de otras especies literarias. Baquero Goyanes ponía el acento, además, en la revalorización de figuras medievales como don Juan Manuel o el Arcipreste de Talavera, y de obras como el *Amadís*.

En la actualidad, las huellas de Menéndez Pelayo a través de sus *Orígenes* se pueden ver en varios estudiosos que han preparado ediciones críticas, desde María Jesús

Lacarra y Juan Manuel Cacho Blecua, a Carlos García Gual y Guillermo Serés, entre otros. De los volúmenes compilatorios de los últimos tiempos, merece destacarse — así lo hace Romero Tobar— *Orígenes de la novela. Estudios* (2007), cuyos coordinadores fueron Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez, profesores de la Universidad de Cantabria.

De la proyección de los *Orígenes* en la Historiografía literaria española se ocupa Antonio Martín Ezpeleta, de la Universidad de Valencia. Y señala que la influencia de la obra de Menéndez Pelayo aún no pudo percibirse en la obra de Julio Cejador, de 1915, acaso porque su proyecto ya debía estar muy avanzado mientras que don Marcelino iba dando a la imprenta los volúmenes de sus estudios. Sí se aprecia ese magisterio, sin embargo, en la historia de la literatura que en 1921 publicaron Juan Hurtado y Ángel González Palencia.

La *Historia de la literatura española* (1937) de Ángel Valbuena Prat es, para Martín Ezpeleta, «una obra digna de mención», no solo por el seguimiento de los *Orígenes*, sino por incorporar también juicios del hispanismo y por hacer «novedosos análisis comparatistas». En una línea similar cabe que situemos la *Historia de la literatura española* de Ángel del Río, de 1940, representación más preclara de las que se hicieron en el exilio, aunque esta naciera con una intención didáctica y divulgativa. Del Río recoge el testigo del don Marcelino, completándolo con los juicios de su tiempo de manos de hispanistas. La culminación de este tipo de obras es la *Historia de la literatura española*, de Juan Luis Alborg, publicada en cinco gruesos volúmenes entre 1966 y 1999, aunque incompleta; continúa los planteamientos metodológicos de los trabajos de primera mitad de siglo XX y, como en aquellos, se deja constancia de la importante huella de los *Orígenes de la novela*.

Frente a estas historias literarias calificadas «de autor», irán surgiendo, a partir del medio siglo, otras «colectivas». Fue pionera en esta senda la *Historia general de las literaturas hispánicas*, publicada entre 1949 y 1967, y coordinada por Guillermo Díaz-Plaja. Como bien dice Martín Ezpeleta, en esta «se sacrifican no poco la unidad y la propia naturaleza de una *Historia literaria*, que ahora semejava más bien una suma de monografías». Es más: «se iniciaba un camino en la Historiografía literaria que hoy día parece ser el único». Con todo y con eso, en esta de Díaz-Plaja la presencia del sabio montañés sigue siendo una «referencia inexcusable», con nuevas aportaciones, claro está. No así en la *Historia de la literatura española* de Oscar Jones, iniciada en los años 70. En el volumen de la Edad Media, el inglés Allan Deyermund impuso una nueva manera de hacer historia literaria: valerse solamente de las últimas aportaciones, eludir «el estado de la cuestión» y utilizar un estilo más ágil, huyendo de la cita de autoridad. En consecuencia, los juicios de Menéndez Pelayo, por lejanos, quedaron deliberadamente postergados. Esta tendencia, hasta ahora casi

inamovible, parece haberse invertido tras la publicación de la *Historia de la literatura española*, coordinada por José-Carlos Mainer, cuyo primer volumen, a cargo de Juan Manuel Cacho Blecua y María Jesús Lacarra, publicado en 2012, supone –según Martín Ezpeleta– «un buen broche final para este recorrido y la confirmación de que otras historias literarias son posibles».

Los responsables de la revisión del texto son los antes mencionados profesores cántabros Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez. Reproducen el texto de la *editio princeps*, es decir, la de los tres tomos que salieron a la luz entre 1905 y 1910, más el cuarto, póstumo, que se publicó en 1915 a cargo de Adolfo Bonilla y San Martín. Naturalmente, han sido tenidas en cuenta otras ediciones posteriores y, cuando ha sido posible, los editores han cotejado el texto con los manuscritos conservados, sin hallar «ninguna variante textual», porque tal vez tales manuscritos fueran «textos definitivos y pasados a limpio». Han restituido algunas adiciones de Menéndez Pelayo a su lugar pertinente en forma de nota al pie de página. Se han corregido, asimismo, las siempre inevitables erratas y ha quedado modernizada la ortografía. De los índices onomásticos y de materias se ha encargado Ana Peñas Ruiz, realizando esa labor que nos es tan útil a los lectores, pero que tan ardua y laboriosa resulta para quien la ha de llevar a cabo.